

▪ TEMAS LIBRES

¿CÓMO COMPRENDER EL

NACIONALISMO?:

UNA REFLEXIÓN DE SUS RASGOS Y EXPRESIONES FUNDAMENTALES
DESDE EL PUNTO DE VISTA HISTÓRICO

WALTER RAÚL MARTÍNEZ HERNÁNDEZ



Otras gentes.

HOW TO UNDERSTAND

NATIONALISM:

A REFLECTION OF ITS HISTORICAL FEATURES

AND EXPRESSIONS FROM THE HISTORICAL POINT OF VIEW.

Recibido: 21 de agosto de 2019

Aprobado: 11 de septiembre de 2019

RESUMEN

Este artículo tiene el objetivo de revisar el concepto de nación y los rasgos y expresiones fundamentales del nacionalismo, en términos de su desarrollo histórico en el hemisferio occidental durante la era moderna. La nación y el nacionalismo deben definirse a partir de las interpretaciones que las comunidades nacionales hacen de su propio pasado, el modo como comprenden su presente y sus expectativas o proyecciones a futuro, además de su noción del espacio geográfico, sus ideologías, su organización social y sus manifestaciones culturales. Comprender los nacionalismos desde su dimensión histórica es un punto clave en el análisis o discusión de temas de economía, gobierno, migración, geopolítica y seguridad, entre otros.

Palabras claves: Nación, nacionalismo, era moderna, capitalismo, soberanía, unidad nacional, lenguaje y comunicación.

ABSTRACT

This article aims to review the concept of Nation and the fundamental traits and appearances of nationalism, in terms of its historical development in the Western Hemisphere during the modern era. We must define Nation and nationalism from the interpretations that national communities make of their past. The way they understand the present and their expectations or future projections, as well as their notion of geographical space, ideologies, social organization, and cultural manifestations. Understanding nationalism from its historical dimension is a critical point in the analysis or discussion of issues of economy, government, migration, geopolitics, security, among others.

Keywords: *Nation, nationalism, modern era, capitalism, sovereignty, national unity, language, and communication.*

SÍNTESIS CURRICULAR WALTER RAÚL MARTÍNEZ HERNÁNDEZ

Licenciado en Historia por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y maestro en Historia Internacional por el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Colaboró como investigador y mediador cultural en el Museo Nacional de San Carlos-INBA, formando parte del programa "El Arte es Divertido", y en las exposiciones "Confluencias. Dos siglos de Modernidad en la colección BBVA; Gramática del Ornamento"; "Arte Europeo del siglo XIV a principios del siglo XX", y "De peinados e individuos" (2009-2010). Es egresado del programa de Doctorado en Historia de la UNAM. Sus líneas de investigación son la historia política y cultural del período posrevolucionario en México.

INTRODUCCIÓN

Desde el siglo XVI la conformación de los estados y de los sistemas económicos, la definición de espacios geográficos, el ordenamiento o distribución de las poblaciones, las movilizaciones humanas, la construcción de las doctrinas políticas y las corrientes artísticas en el mundo occidental han tenido relación, en mayor o menor grado, con algún tipo de expresión nacionalista. La idea de pertenecer a una **nación** y la convicción de defender esa idea han incidido en el desarrollo de una variedad incuantificable de procesos sociales. Por esta razón, los **nacionalismos** han sido objeto de estudios, discusiones y debates intelectuales y/o académicos, por lo menos, desde la época de la Ilustración. Se ha escrito tanto sobre este tema que el hecho de mencionar los textos que se consideran fundamentales tomaría varias páginas. Muchos estudiantes e investigadores suelen extraviarse en este mar de datos, interpretaciones y perspectivas. La confusión puede ser todavía mayor si se consideran las opiniones que circulan en las redes sociales u otros espacios sin mediación académica, donde generalmente las personas no están obligadas a sustentar sus afirmaciones. No son pocos los que emplean de manera indiscriminada los términos **nación** y **nacionalismo**, sin comprender su significado o las connotaciones que pueden tener en un contexto determinado.

Este texto tiene el objetivo de revisar el concepto de nación y los rasgos y expresiones fundamentales del nacionalismo, en términos de su desarrollo histórico en el hemisferio occidental durante la era moderna. La idea es ofrecer un punto de referencia a los estudiantes e investigadores del área de las ciencias sociales. La

nación y el nacionalismo deben definirse a partir de las interpretaciones que las comunidades nacionales hacen de su propio pasado, el modo como comprenden su presente y sus expectativas o proyecciones a futuro, además de su noción del espacio, sus ideologías y sus manifestaciones culturales. Por lo regular, las expresiones nacionalistas surgen una vez que los miembros de estas comunidades comienzan a imaginarse reunidos en la forma de una nación, después de haber experimentado varios procesos históricos que supusieron una prueba de unidad o subsistencia. Comprender los distintos nacionalismos desde su dimensión histórica es un punto clave en el análisis o discusión de temas de economía, gobierno, migración, geopolítica y seguridad, entre otros.

EL SURGIMIENTO DE LA NACIÓN MODERNA

En opinión de Benedict Anderson, lo que dio origen a las primeras formas de **conciencia nacional** en la época moderna fue la interacción de tres elementos que en el siglo XVI habían alcanzado un desarrollo importante: el **lenguaje**, la **tecnología** y el **capitalismo** (Anderson, 2011, pp. 70-76). Para entonces se habían formado entornos lingüísticos que reunían tradiciones culturales de una misma área geográfica, como resultado de la conformación de las lenguas modernas mediante la labor de los poetas medievales y renacentistas que, entre otras cosas, se preocuparon por construir identidades lingüísticas a partir de las costumbres y experiencias históricas de las sociedades europeas. La invención de la imprenta de tipos móviles por Johannes Gutenberg, alrededor de 1440, significó la primera revolución de los sistemas de comunicación de la era moderna, porque permitió la difusión de

la cultura escrita entre grupos más numerosos de personas mediante la circulación de los textos impresos, y porque estimuló el pensamiento individual con menor dependencia del estamento eclesiástico (que controlaba y censuraba la producción de conocimiento). Con el auge de la imprenta en los siglos posteriores, el conocimiento y las ideas políticas fluyeron de un lugar a otro de manera más expedita, del mismo modo que el folklore y otros elementos de carácter cultural divulgados en los textos. Gracias al desarrollo de las lenguas modernas y la tecnología de la impresión, las personas pudieron conversar y entenderse en contextos cada vez más amplios, pero también lograron replantear su identidad a partir de una serie de modelos socio-culturales cada vez más específicos.

Estos cambios coincidieron con la aparición de las primeras formas operativas del capitalismo, que sustituyeron a los mecanismos feudales de producción e intercambio de mercancías. Después del descubrimiento de las Indias Occidentales (hoy América) en 1492, y la subsecuente colonización del «Nuevo Mundo», surgieron rutas comerciales y enclaves económicos que intensificaron la competencia económica y política entre los Estados europeos. Dado que los metales preciosos sustraídos de las colonias representaban la base del capital y el poder político, esos Estados pugnaron por ser económicamente autosuficientes, para poder aumentar sus posibilidades de hacer la guerra en la búsqueda de sus objetivos económicos y políticos (Snively, 1976, pp. 34-35). El entrecruce de estos objetivos con las narrativas culturales del lenguaje moderno, difundidas de forma extensiva a través de los medios impresos, comenzó a



Me acosa el cara pálida.

generar en las comunidades de Europa la sensación de pertenecer a una nación.

La **nación** es una idea que ha estado sujeta a condiciones políticas y sociales particulares en distintos momentos de la historia moderna, por lo que su significado puede variar de un contexto a otro. Para precisar ese significado es necesario considerar las especificidades de cada caso, aunque existen algunos aspectos generales que pueden orientar nuestras definiciones. Ante todo, conviene tener en claro que la **nacionalidad** o la condición de pertenecer a una nación, del mismo modo que el nacionalismo, son artefactos culturales con grados variables de autoconciencia que discurren a través de una gran diversidad de terrenos sociales y que combinan una amplia variedad de ideas, expectativas e intereses colectivos. En la complejidad de estos artefactos, la nación se expresa como



Obreros somos.

una comunidad política imaginada, limitada y soberana (Anderson, 2011, p. 21).

Benedict Anderson sostiene que la nación es una comunidad **imaginada** porque aún los miembros de la nación más pequeña no conocerán jamás a la mayoría de sus connacionales, pero en la mente de cada uno vive la imagen de su comunión. En principio, las comunidades no deben distinguirse por su legitimidad o condición política, sino por el estilo con el que son imaginadas. La nación se imagina **limitada** porque incluso la mayor de ellas tiene fronteras finitas, aunque elásticas, más allá de las cuales se encuentran otras naciones. Se imagina **soberana** porque la idea de nación surgió en una época en que la Ilustración y la Revolución francesa estaban desafiando la legitimidad de los reinos dinásticos jerárquicos, instituidos por *derecho divino*. La reformulación del poder político como expresión de la voluntad

del pueblo y no del clero y los monarcas “permitió a las naciones soñar con ser libres”. La garantía y el emblema de esa libertad se encuentran en el Estado soberano y sus leyes. Por último, la nación se concibe a sí misma como una **comunidad** porque se condensa en el compañerismo profundo y horizontal de los miembros que la integran, independientemente de sus condiciones sociales o ideas políticas. Esta fraternidad ha posibilitado que las personas maten y estén dispuestas a morir por su nación. Nótese que los procesos históricos más significativos de los últimos doscientos años estuvieron impulsados por una buena dosis de nacionalismo; las dos Guerras Mundiales del siglo xx son los ejemplos más claros (Anderson, 2011, pp. 23-35).

EL NACIONALISMO Y SU CONDICIÓN HISTÓRICA

Debido a que la nación comprende elementos que pertenecen al orden de lo imaginario, las expresiones nacionalistas no pueden basarse únicamente en el sentido de pertenencia a un territorio o a una entidad política determinados. En realidad, el **nacionalismo** surge de la percepción emocional y consciente que se funda a partir de una serie de experiencias históricas y culturales compartidas entre dos o más grupos humanos. Por esa razón, “el nacionalismo no debe entenderse alienándolo con ideologías políticas conscientes, sino con los sistemas culturales que lo precedieron, de donde surgió por oposición” (Anderson, 2011, p. 30). Esto significa que los individuos que integran una nación pueden compartir o no rasgos etno-lingüísticos o comulgar o no con las mismas ideas políticas, porque estas no son condiciones indispensables de la nacionalidad. Lo que verdaderamente une a

los miembros de una nación es un pasado común conformado por pruebas y dramas vividos y superados conjuntamente; un presente en el que convergen intereses comunes que hay que defender de enemigos externos comunes, y la voluntad activa de continuar superando retos de manera conjunta, de compartir intereses, de defenderse de los enemigos externos y de producir obras que comprueben la existencia de un mismo destino para todos (Baechler, 1997, pp. 9-28).

Por ejemplo, se puede decir que los mexicanos se imaginan mexicanos porque juntos han afrontado una serie de procesos que, independientemente de su grado de fatalidad, les han permitido forjarse una historia como pueblo unido; por ejemplo, la Independencia y la Revolución. Conviene recordar que México comenzó a delinear sus contornos como nación en el umbral de una nueva etapa histórica que dio inicio con la promulgación de la Constitución de 1824 y la instauración de la República federal, momento en que el país afirmó su soberanía y adquirió el que hasta ahora es su nombre oficial (Estados Unidos Mexicanos). Sucesivamente, la nación encararía otras situaciones que pondrían a prueba su unidad. En cierto modo, cuando Estados Unidos de América hizo la guerra a México entre 1846 y 1848, que resultó en la ocupación de las tropas estadounidenses en el país y la pérdida de la Alta California y Nuevo México (más de la mitad del territorio nacional), los mexicanos estaban divididos en liberales y conservadores porque, además de sus discrepancias políticas, no tenían conciencia plena de su nacionalidad. En buena medida, la falta de unidad les impidió afrontar de manera efectiva una **guerra de naciones**. A pesar de sus dramáticas consecuencias, esta experiencia sirvió para que los mexicanos reforzaran su sentido de la unidad y la soberanía, lo

que más tarde les permitió enfrentar con mayor integridad otros conflictos o coyunturas internacionales. Durante más de dos siglos los mexicanos han ido construyendo su identidad nacional mediante la experiencia de vivir conjuntamente los mismos dramas históricos.

Los movimientos nacionalistas se empeñan en hallar o inventar los orígenes de la nación para justificar históricamente su unidad o comunión. Con frecuencia se recurre a la fórmula de una antigua civilización que ha luchado a través del tiempo para cumplir con un determinado propósito o destino. Aunque en la idea de nación estén presentes las imágenes históricas de las sociedades que la conforman, generalmente se impone la imagen de esta civilización ancestral como la primera de todas sus identidades. La principal característica de esta imposición es que está hecha de mito. Por ejemplo, los fascistas italianos – que eran nacionalistas recalcitrantes – alimentaron el mito de la romanidad para promover la idea de que formaban parte de una estirpe milenaria. Para ellos, la antigua Roma, civilización de grandes políticos, pensadores y conquistadores, cuna del derecho e imagen de la belleza y la justicia universales, encarnaba la quintaesencia de la Italia moderna. A partir de esta perspectiva, los fascistas intentaron emular los logros políticos y militares de los antiguos romanos con el fin de instalar su propio imperio (Gentile, 2007, pp. 124-125; Falasca-Zamponi, 1997, pp. 90-92; Visser, 1992, p. 13). Durante los últimos dos siglos, la construcción de mitos fundacionales o la exaltación de un pasado que se considera glorioso ha sido una de las características de los nacionalismos de todo el mundo; lo han hecho los nacionalistas alemanes, japoneses, españoles, franceses y mexicanos, entre muchos otros.

Ahora bien, el nacionalismo es un dis-

curso de poder que se elabora a partir de una visión hegemónica del pasado. Una nación nunca se compone de un solo grupo social, más bien de una constelación de sociedades que tienen distintas aspiraciones e intereses políticos y que, sin embargo, se mantienen unidas porque de algún modo consideran que comparten una misma historia. En la construcción de esta historia predominará la versión de los grupos que detentan el poder político y que dirigen o pretenden dirigir a la nación o el Estado nacional. De ese modo, estos sectores buscarán legitimar su posición política y elaborar un marco de significación histórica cargado de ideología, al que deberán ajustarse las visiones de todas las sociedades que integran a la comunidad nacional. Sin embargo, la visión de los grupos subalternos no quedará totalmente suprimida o sin efecto, esto en la medida en que logren negociar la integración de sus ideas e intereses en el discurso de la historia nacional. Por lo regular, los términos de esas negociaciones son culturalmente variables y no sólo producen cambios discursivos, sino también estructurales en los sistemas políticos de los Estados nacionales (Appadurai, 1981, pp. 201-219).

México es un ejemplo de la variedad de comunidades que pueden formar parte de una nación y las tensiones políticas y sociales que generan los discursos nacionalistas en un contexto tan diverso. Las comunidades de Chiapas pueden tener una conciencia de nacionalidad diferente a la que tienen las comunidades de Nuevo León, y seguramente la idea de nación de los indígenas chontales no es la misma que tienen los yaquis de Sonora, ni la de los habitantes del Bajío con respecto a la de los capitalinos. Los discursos elaborados por cada una de las sociedades que integran a la nación suelen confrontarse entre sí para incorporar sus preocupaciones

o aspiraciones políticas en el marco de los intereses nacionales, trazados por el Estado o los grupos que detentan el poder. Se trata de una lucha política genuina, histórica.

DE SUS CONNOTACIONES Y TENDENCIAS

En el siglo XVIII surgieron dos conceptos ilustrados que redefinieron la forma de entender el poder y el lugar que ocupaban los ciudadanos en los procesos políticos: la **soberanía popular** y la **voluntad general**. El primero atribuía a la ciudadanía una sustancia común, compartida por todos los miembros de una sociedad o comunidad determinada, en la que la existencia de las personas cobraba sentido a partir de la acción conjunta que tuviesen con sus semejantes, como pueblo reunido, siendo leales a sí mismas y no a las viejas dinastías monárquicas. La unidad del pueblo proyectaba a la vez una serie de motivaciones, anhelos y objetivos que en conjunto definieron la voluntad general o la facultad del pueblo de emprender acciones y obras por decisión propia, sin la tutela de un monarca. A partir de la Revolución francesa estos dos conceptos comenzaron a favorecer la invención de mitos, símbolos, ritos y fiestas populares que gradualmente dieron forma a las **religiones civiles** de la era moderna. Las bases de estas religiones fueron el culto del pueblo y el culto de la nación. El universo mítico y simbólico que surgió de las expresiones de la soberanía popular y voluntad general, sirvió para legitimar una nueva política con contenidos religiosos (Mosse, pp. 15-16).

Ya en los albores del siglo XIX la épica nacionalista exacerbaba el espíritu patriótico hasta conferirle propiedades sagradas a la nación, lo que permitió que muchas comunidades nacionales crearan su propia **religión de la patria** para mantener la unidad y reafirmar el sentido de pertenencia

de todos sus miembros. La bandera, el escudo, el himno y las fiestas nacionales son elementos de tipo religioso que cumplen precisamente esta función. Además, en los nacionalismos persiste de modo constante un desafío a la muerte, que es representado solemnemente en las tumbas y cenotafios de los héroes nacionales. La muerte sólo tiene sentido si se produce en aras de la nación o en busca del bienestar nacional; sacrificarse por la nación significa vivir permanentemente en la memoria colectiva. De esta manera los nacionalismos convierten la fatalidad en continuidad, la contingencia en significado (Anderson, 2011, p. 29). La fe en la nación construye vínculos de identidad mucho más fuertes que la lengua, la territorialidad o incluso las leyes, porque ofrece a los miembros de una misma comunidad nacional la sensación de poder superar fatalidades y contingencias tan importantes como la guerra, la devastación o la muerte. Durante los procesos de modernización de los siglos XIX y XX, el misticismo y la sacralidad de la nación se fueron incorporando sistemáticamente en las dinámicas políticas y culturales de los países occidentales, y han llegado a convertirse en aspectos inexorables de la realidad social (Hayes, 1966, pp. 3, 4 y 93).

En las expresiones nacionalistas reside el peligro constante de la radicalización o el extremismo, porque su proyección política y su sentido religioso suelen afirmar el rechazo del **otro**, **lo otro** y **lo extranjero**. Por ejemplo, los ideales de soberanía y voluntad pueden elevar la noción de autodeterminación de los pueblos a un punto crítico, en el que la dominación del otro se vuelve un aspecto indispensable para cumplir los propósitos o metas nacionales. A menudo, la fe y el culto a la nación llevan implícita la idea de que el pueblo ha sido elegido por una o más fuerzas su-



Mano negra.

periores para establecer un nuevo orden mundial y/o inaugurar una nueva temporalidad en la historia de la humanidad. El chovinismo, la xenofobia, el patriotismo, el racismo y otras creencias narcisistas y/o paranoicas se presentan precisamente cuando las expresiones nacionalistas se tornan radicales. En estas condiciones, los nacionalismos inventan necesidades que requieren satisfacerse de manera imperativa, a veces con el pretexto de asegurar la supervivencia de la comunidad nacional y aun por encima de la integridad o las necesidades de otras naciones. Cuando Hitler ascendió al poder en 1933 impulsó el ideal del *Lebensraum* (*espacio vital*) para justificar la expansión del Tercer Reich. Su objetivo era convencer a los alemanes de que tenían el derecho de adjudicarse territorios y dominar a otras naciones por el hecho de considerarse un pueblo superior. En 1939 Alemania ejerció ese supuesto derecho con la ocupación de Checoslovaquia y Polonia, hechos que marcaron el inicio de la Segunda Guerra Mundial.

CONSIDERACIONES FINALES

El nacionalismo no es uno solo porque hay un universo de interpretaciones ideo-

lógicas y culturales sobre el sentido de pertenecer a una comunidad nacional; han existido tantos nacionalismos como formas de concebir la nación. No obstante, hay rasgos que se pueden observar en la mayoría de los movimientos nacionalistas de la era moderna y que constituyen un modelo general. Es importante recalcar que ese modelo ha experimentado variaciones conceptuales a través del tiempo. Las expresiones nacionalistas del siglo XVIII son distintas de las expresiones de la época romántica y, a su vez, éstas difieren de las del siglo XX, porque el lenguaje, la tecnología y las doctrinas políticas, es decir, las fuerzas que condicionan el desarrollo de los nacionalismos también han evolucionado a lo largo de la historia. En el siglo XXI los nacionalismos han tenido que ajustarse o resistir al dinamismo de la comunicación digital y los espacios virtuales, a la globalización y las políticas supranacionales establecidas por los países que detentan mayor poder político y económico. De hecho, las fuerzas que predominan en la actualidad han incidido en la manera de entender la condición de nacionalidad: muchos ciudadanos han abandonado la convicción o idea de pertenecer a una nación debido a su creciente percepción de formar parte de una comunidad supranacional o universal. Analizar y explicar de modo más consistente los nacionalismos de nuestro tiempo implica tomar en cuenta sus particularidades históricas y culturales.

BIBLIOGRAFÍA:

Anderson, B. (2011). *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Baechler, J. (1997). "La universalidad de la nación". En M. Gauchet, P. Manent y P. Rosanvallon (dir.), *Nación y modernidad*.

Buenos Aires: Nueva Visión, pp. 9-28.

Borja, R. (2012). *Enciclopedia de la política*, Tomo II. México: Fondo de Cultura Económica.

Falasca-Zamponi, S. (1997). *Fascist Spectacle. The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy*. Los Angeles: University of California Press.

Gentile, E. (2007). *El culto del littorio. La sacralización de la política en la Italia fascista*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Hayes, C. (1966). *El nacionalismo, una religión*. México: Unión tipográfica editorial Hispano Americana.

Hunt, L. (1984). *Politics, culture, and class in the French Revolution*. Berkeley: University of California Press.

Illich, I. (2002). *En el viñedo del texto. Etología de la lectura: un comentario al "Didascalicon" de Hugo de San Víctor*. México: Fondo de Cultura Económica.

Mosse, G. L. (2007). *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich*. Buenos Aires: Siglo XXI editores.

Pastor, M. (2008). *Nueva Historia Mundial*. México: Santillana, 2008.

Rousseau, J. J. (1999). *El contrato social o principios del derecho político*. Buenos Aires: Losada-Océano.

Snavely, W. (1976). *Teoría de los Sistemas Económicos: Capitalismo, Socialismo y Corporativismo*. México-Madrid-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Sorel, G. (1978). *Reflexiones sobre la violencia*. Buenos Aires: La Pléyade.

ARTÍCULOS DE REVISTA

Appadurai, A. (1981, junio). "The past as scarce resource". En *Man, New Series*, 2 (16), pp. 201-219.

Visser, R. (1992, enero). "Fascist Doctrine and the Cult of the Romanità". En *Journal of Contemporary History*, 5 (27), pp. 5-22.